

## **Medios alternativos en Chile: Revistas contraculturales en la década de los 80's**

Eje temático: Producción de medios alternativos y participación social

### **Autores**

Carolina Sánchez

Raúl Rodríguez

montsesanchez21@gmail.com

---

### **Resumen**

La década de los ochenta fue un periodo versátil. El mundo se enfrentaba a un cambio de paradigma económico impulsado por el bloque de Estados Unidos e Inglaterra. Los *mass media* o industria del entretenimiento, el cine, la televisión y la radio se convierten en objetos de consumo masivo contribuyendo con la alienación social que percibe a la cultura bajo las leyes liberales de la economía de mercado. Mientras tanto, el escenario político continúa cooptado por la instalación de la Doctrina de Seguridad Nacional aplicada a mediados de los años setenta, que dejará rastros durante la próxima década con la secuela de dictaduras militares por toda América Latina.

En Chile se vive un ambiente de censura y desinformación, hay temas vedados y enfoques prohibidos, la dictadura de Augusto Pinochet se encargó de eliminar todo lo estrictamente "no oficial". Este ambiente fue propicio para desarrollar nuevas formas de comunicar la cultura y las ideas. Los jóvenes se apropiaron de los espacios,

aprovechándolos y recuperándolos primero desde el anonimato, luego desde las universidades y más tarde como manifestación de resistencia.

Frente a este “apagón cultural” que significó la quema, destrucción y prohibición de expresiones artísticas, surgen entre 1983 y 1984 en Santiago de Chile los espacios culturales Caja negra y Garaje Matucana, los cuales fueron muy importantes para la naciente cultura alternativa de los años ochenta. En estos espacios se juntaron el rock, la pintura, el comic, la danza, el teatro y se realizaron encuentros feministas. Así la poesía, el arte, la música, la literatura, el cine y la crítica se convirtieron en el lenguaje de los jóvenes de la época, reflejando el repudio hacia la dictadura imperante y censuradora de cualquier expresión cultural.

Dentro de estos espacios nacen varias revistas contraculturales que presentan un discurso alternativo, confrontacional y autónomo que se asemejan a las temáticas y lugares propios de la filosofía *underground*. Beso Negro, Trauko, Abusos deshonestos, El espíritu de la época, Matucana fueron algunas de las publicaciones que bajo escrituras desbordantes y un estilo característico se transformaron a través del mano a mano en el medio alternativo de información.

Una de las principales apuestas de estas publicaciones fue rebelarse contra el pragmatismo periodístico de El Mercurio, medio de comunicación defendido y admitido como fuente oficial de la dictadura militar. El objetivo principal de las revistas contraculturales era publicar la información que no se mostraba en los medios autorizados por el régimen de A. Pinochet.

Su escritura iba más allá de la niebla ideológica de la izquierda y la derecha partidista, abordaba la contingencia política social desde el humor negro y la sátira ácida. Gran parte de estas publicaciones tenían una actitud gráfica muy provocadora y estética, quedando como testimonio un trabajo original que no se ha vuelto a dar en Chile.

No obstante todo este grito contracultural que las revistas manifestaban, comenzó a decaer hacia finales del 88 y comienzos del 89, acabándose con la llegada de la democracia que optó por el camino de la diversificación y disseminación de la cultura, adoptando oposición y censura ante la apertura artística, abriendo paso al libre mercado y devolviendo a muchos artistas al mundo privado con su política de los acuerdos.

**Palabras claves:** *Underground* - Revistas contraculturales - Medios alternativos – Dictadura Militar.

## **Desarrollo**

En Chile durante la década de los ochenta aparece una nueva generación que busca un escape a tanta represión, desaparición y toque de queda provocada por la dictadura de Augusto Pinochet. Se instala en el inconsciente joven producto del vacío y saturación del régimen, el nuevo arte juvenil (Salas, 1998), donde se hacen presentes pensamientos libertarios y antiautoritarios que revitalizan la escena artística de la época y que logran armar una vanguardia estética que no aparece en los libros de historia del arte, y que sin embargo logró despertar a la juventud chilena a través de expresiones alternativas.

La necesidad de difundir y comunicar las ideas se hace cada vez más imprescindible entre la juventud universitaria de la época. Los estudiantes universitarios de distintas áreas como arte, historia, periodismo, diseño gráfico, y publicidad comienzan a organizarse, principalmente en la búsqueda de soluciones no académicas, para construir revistas y publicaciones alternativas auto gestionadas, independientes, anti dictatoriales, progresistas, de bajo costo, sostenida con trabajo voluntario, sin fines de lucro y de factura profesional.

Sin embargo, cada día que pasa la represión y el confinamiento de toda forma posible de organización es perseguida por la dictadura militar, un ejemplo de esto es la obstinación de endurecer cada vez más los “toques de queda”, alargándolos en respuesta a los paros nacionales iniciados en julio de 1983 por el Comando de Trabajadores.

Este ambiente de represión y clandestinidad fue propicio para que se desarrollasen nuevas formas de comunicar la cultura y las ideas. Los distintos movimientos estudiantiles comenzaron a apropiarse de los espacios que estaban en la calle, aprovechándolos y recuperándolos primero desde el anonimato, luego desde las universidades y más tarde como manifestación de protesta (González, 2003).

A raíz de esto en 1983 se crea Caja negra y en 1984 el Garaje Matucana, ambos fueron espacios muy importantes para la naciente cultura alternativa que hubo en los años ochenta. Estos lugares lograron darle cabida a todas las expresiones artísticas, literarias, pictóricas, creativas que en general no tenían espacio en otros lados, pues no sólo rechazaban la dictadura sino también las “prácticas” políticas de esos años.

Cada uno de estos espacios fue capaz de crear su propio medio escrito de información, es así como nace la idea de hacer revistas alternativas que apunten a informar de manera distinta. Bajo escrituras desbordantes y un estilo característico las revistas se fueron transformando a través del mano a mano en el medio de los excluidos (Salas, 1998). Dentro de estos espacios habitaron las primeras revistas contraculturales de la época; Beso Negro, Trauko, Abusos deshonestos, El espíritu de la época, Pájaro de cuentas, De nada sirve, Matucana, convirtiéndose en un escenario de situaciones sin precedente.

Influenciados por el *underground* y la contracultura europea y americana las revistas fueron el fiel reflejo del auto cultivo que buscaba darle muerte a la pirámide invertida del periodismo. En estas páginas por primera vez se hablan de rock, feminismo,

marihuana, poesía, minorías sexuales, erotismo, ecologismo, minorías étnicas, drogas psicoactivas y se da también el resurgimiento del comic y la historieta nacional que fueron precursoras en el destape contracultural y crítico de aquellos años.

Todas estas revistas surgieron en su mayoría de la necesidad de elaborar un discurso alternativo basado en los conceptos de la tradición *underground* (Racionero, 1977), la cual se compone de distintas filosofías ligadas al pensamiento libertario y que se remontan a los inicios de la civilización humana, donde la cultura y las artes alcanzan ribetes más universalistas, antiautoritarios, comunales, y descentrados. Una de las principales apuestas de estas revistas fue rebelarse contra el pragmatismo periodístico de El Mercurio (Lihn, 2005) medio de comunicación defendido y admitido como fuente oficial de la dictadura militar.

Un ejemplo claro del “hazlo tú mismo” (Salas, 2010) que difundían las revistas contraculturales es el carácter de autogestión y autoproducción como fórmula necesaria para crear medios propios en donde se pueda expresar desde el discurso de las artes el descontento, la apatía y la crítica que abunda en la juventud de mediado de los ochenta. La herramienta de autoproducción permitía una autonomía total por parte de los jóvenes escritores que participaban en la elaboración de las revistas, actuando en la superficie de lo legal en algunos casos o en otros simplemente trabajando en la clandestinidad.

Por otra parte el carácter subterráneo de la gran mayoría de estas revistas proviene también de su postura contracultural, pues no tenían ligazón partidista, no simpatizaban ni con la izquierda de la Concertación (Coalición de partidos políticos de izquierda) que comenzaba a surgir, ni con la ortodoxia comunista de aquellos años en Chile. Más bien estaban cerca de lo que fue mayo del 68 en París que de la Sierra maestra en Cuba.



En Chile esta postura se encuentra presente bajo un nuevo temperamento que reacciona y comienza a resistir a la dictadura desde la cultura, se recompone el tejido social rasgado, volviendo a crear ágoras (Van de Wyngard, 2010) en donde fueran posibles regenerar los vínculos y construir nuevos símbolos. Una de las primeras apropiaciones fue reciclar las ideas extranjeras a partir de las referencias de fenómenos como el *underground* y la contracultura, asimilando sus métodos de expresión, formas de organización, alternativas políticas, pero más que nada adoptando todo su potencial de información alternativa, esta última se convertirá en un material de cohesión para las nuevas generaciones chilenas.

El aterrizaje de la contracultura a tierras nacionales se produce con un retardo de veinte años aproximadamente desde su aparición en Europa y Estados Unidos, su llegada se ve agilizada por los hijos de retornados políticos que traen consigo en forma clandestina mucho material de corte *underground*, revistas, libros, música, comics, videos y otras cosas más que no se comercializaban en el país.

Toda la instalación y adaptación de la contracultura se desarrolló durante los años 1983 a 1988 en Chile aprox. Es justo en ese espacio de tiempo cuando la dictadura de Augusto Pinochet se comienza a resquebrajar sufriendo una crisis de hegemonía (Don Ladislao, 1983), esto queda demostrado con el desgaste que empieza a tener el régimen a raíz de la presión internacional por las torturas y desapariciones de ciudadanos chilenos y extranjeros, la crisis económica que desde 1980 mantiene a la población con un 17% de desempleo (Contardo, 2005), las protestas civiles que se esparcen por todo el territorio nacional y la aprobación a inicios de la década de la constitución que somete a la ciudadanía a la consolidación de la dictadura a nivel legislativo y económico.

Todo ese estado de ánimo fue oportuno para crear medios escritos alternativos que se proponían una reconstrucción cultural a través de la creación colectiva para

escapar del aturdimiento y la censura impuesta. La principal apuesta era la construcción de algo en que no hubiera censura ni autocensura, haciendo el trabajo completo, pensando, escribiendo, publicando y distribuyendo medios completamente libres.

Los primeros brotes de escritos contraculturales fueron en formato afiche y fanzine a mediados de 1983 que se repartían en los campus universitarios, en los recitales de rock que asomaban en Santiago de Chile, en la calle o en cualquier lugar que se pudiera. Fueron los primeros pasos de la construcción de una tribuna de información alternativa que se formaba paralela y horizontalmente. Hay que tener presente que en los ochenta el internet no hacía aún su gran aparición, por lo que las herramientas para comunicarse provenían desde el campo de la mecanografía, mimeografía, fotocopia y el correo postal (Van de Wyngard, 2010), lo que le daba un aura más artesanal y clandestina a cada publicación.

Muchos de estos fanzines quedaron en la historia después de una o dos publicaciones, otros tuvieron más continuidad y se convirtieron en revistas o historietas. Estos fueron los primeros trazos de un naciente grito gráfico advierte Reyes (2009), aquel que vendrá a tensionar los límites de la censura y que apostará por innovar y atacar los cánones a través de una gráfica provocadora, un humor picante, caracteres agresivos, espíritu de denuncia y ataques directos al sistema.

No hay que olvidar lo complicado que era elaborar en aquellos años algún tipo de opción cultural opuesta al régimen, el sólo hecho de hacerlo significaba inmediatamente una vigilancia permanente afirma Contardo (2005), un ejemplo de esto era la represión que vivía el lenguaje, toda la enajenación social se traslada a la palabra adquiriendo una rara dualidad, es decir se vive a diario sin expresar el significado real de las cosas. Fabio Salas (1990) define a la década de los ochenta como un período de metamorfosis

lingüística: *“El lenguaje perdió la capacidad de transmitir los hechos culturales para adquirir otro rango mucho más sofisticado y aterrador: el de anulador de la realidad”.*

Las revistas de los ochenta se atreven a mostrar lo que pasa en las calles, la miseria social, la violencia, las drogas, la prostitución, pero desde planos variados y frescos, no se recurre a la clásica nota denuncia que responde a la contingencia política, si no que se juega con la escritura, con el orden y el lenguaje, se escribe como se piensa, y las historias que se relatan provienen desde realidades marginales y postergadas.

La base del contra discurso que emplearon las revistas está inspirado, sin duda, en la visión contracultural, con influencias literarias y filosóficas proveniente de esta raíz, con un soporte ideológico propio que no se limitaba a lo “noticioso”, si no que aspiraban a abrir el espacio de la vida y las costumbres según Alcaíno (1989). En gran manera las revistas y sus páginas fueron un lugar de descargo y refugio convirtiéndose en un antídoto a la manipulación de los medios de comunicación oficiales (Maffi, 1972), respondiendo al gran enemigo: la censura y burlando a la dictadura en su propio juego.

Los primeros ejemplos de esta óptica *underground* (Salas, 2009) en Chile van a empezar por el reciclaje de sus formas filosóficas y sus propuestas de vida. Así el derecho a la autonomía, el planteamiento de formas alternativas de pensamiento, el autoconocimiento no académico y el poder sobre su propio futuro fueron algunos de los ejes rectores de su movilización. Todas estas intenciones quedaron dibujadas y escritas en las revistas contraculturales de la década como retrato natural del cultivo de un pensamiento propio cada vez más escéptico y menos moralista afirma Van de Wyngard (2010).

*“La asimilación del underground y la contracultura en Chile fue de carácter selectivo”* concluye Salas (1998), puesto que estuvo vinculado con la radicalización política, el uso de drogas, la marginalidad, el libre conocimiento, y no en su aspecto



externo popular como la ropa, el corte de pelo o “la pose”, aunque es casi inevitable que se banalice, los jóvenes chilenos tomaron lo necesario de la contracultura para expresar los contenidos ideológicos racionales o irracionales que subyacían en la comunidad joven del Santiago de los ochenta.

*“Desde sus inicios las revistas emprendieron su hazaña bajo un carácter anónimo de manifestación”* aclara Van de Wyngard (2010) descartan el reconocimiento y la individualización dentro de sus páginas, aceptan la pluralidad de expresiones dispersas que sin rostro brotaron en medio de la desinformación y el miedo, inauguran el foco de resistencia cultural, y de paso afirma Jordi Lloret (2005) *“fueron capaces de ser parte de la construcción del escabroso camino hacia la democracia”*. Todo esto sucedió en espacios que se fueron transformando en una especie de laboratorios artísticos (Maffi, 1972), verdaderos talleres de experimentación, investigación, creación y risa.

Las revistas fueron un instrumento para fugarse de tanta realidad, ya que permiten trasladar a sus lectores a mundos dibujados y escritos donde la prohibición no existe, según Carlos Reyes (2009): *“la expresión gráfica se sitúa, al menos en Chile, como un elemento importante dentro de ese gran grupo de artistas, escritores, actores y músicos invisibles, habitantes de un espacio situado siempre bajo el nivel de flotación del reconocimiento y de la cultura oficial”*.

Para el año 1986 esta nueva generación de artistas y dibujantes contaba con varias revistas de comic, literatura y política (no militante) que daban forma un nuevo discurso, reivindicando un carácter contracultural e independiente capaz de traspasar fronteras mentales contenidas bajo el bloqueo cultural afirma Fabio Salas (1998). Con las mínimas y escasa armas que tenían lograron con cooperación y reciprocidad poner en pie alrededor de veinte proyectos editoriales entre 1983 y 1991, los cuales formulaban una serie de valores compartidos, que relevan lo colectivo por sobre lo individual; la creación

por sobre la industrialización; la libertad por sobre los tabúes; la rebeldía por sobre el orden y la autoridad. Fue un encuentro bajo la acción común que dio paso para la expresión y el libre pensamiento, lo que finalmente derivó en tomar el camino de la resistencia, y en adoptar el rechazo total de la cultura autoritaria a través del papel.

Con la creación de las revistas se comienza a utilizar un elemento que hacia la mitad de los ochenta era dominado por la prensa y los políticos opositores al régimen: la crítica. *“La idea es confrontar el encapsulamiento, el autismo social y político propio de los años ochenta”* afirma Fabio Salas (2000). La crítica que provenía de las revistas estaba sujeta a este sentimiento de confrontación: *“causado por el aislamiento cultural, la desinformación respecto de experiencias que ocurren en otros países y la idea de fractura que provoca el mismo gesto de la crítica”* sostiene Miguel Vicuña (2005).

De esta manera los artículos y reportajes de estas revistas estarán compuestos por opiniones y perspectivas que se relacionan directamente con la contracultura y sus elementos críticos: *“Los temas son múltiples y variados pero todos tiene un denominador común: su visión contracultural y antiautoritaria frente a la sociedad que nos tocó enfrentar en los años ochenta”* concluye Salas (2009).

Sin embargo, con el advenimiento del plebiscito todo este bagaje de cultura alternativa, autónoma y crítica que la generación de los ochenta ha construido comienza a afrontar un desenlace precipitado: *“Un descontento tan apasionado corre siempre el riesgo de evaporarse en una nueva amorfia y sin rumbo”* asegura Roszak (1981). Esta situación va a tener múltiples factores de incidencia, uno de ellos va a ser el esperado retorno a la democracia, que va a traer consigo no sólo el desgaste y relajo de la juventud de los ochenta y noventa, sino también el mantenimiento de una serie de medidas culturales y económicas forjadas bajo dictadura militar y posteriormente reformadas por los futuros gobiernos de la Concertación. La suma de estos y otros elementos significará

que las revistas vayan desapareciendo a medida que se acerca el plebiscito, siendo solo Matucana la única que va a lograr publicar hasta 1991.

Y es que a principios de los noventa se da paso a una nueva forma de llevar el arte y la cultura, se prioriza una visión económica frente a la creación: *“La finalización del régimen militar fue también la finalización, en muchos casos, de la reflexión y de la creación. Se nos vino encima el imperio del poder civil y del mercado”* afirma Fernando Van Wyngard (2010).

Con la llegada de la democracia se opta por el camino de la diversificación y diseminación de la cultura, adoptando oposición y censura ante la apertura artística abriendo paso al libre mercado y devolviendo a muchos artistas al mundo privado con su política de los acuerdos (Van de Wyngard, 2010). Entonces nacen las preguntas ¿Quién o qué coartó el surgimiento de estas revistas contraculturales? ¿Dónde quedó la resistencia cultural? ¿Qué sucedió con la crítica joven?

Manolo Pertier diseñador gráfico parte del equipo de la revista “Beso Negro” comenta que: *“La decadencia empieza con la llegada de la Concertación y eso tiene que ver con la negociación política, lo que básicamente implicó desmovilizar a las masas. Es la negociación la que implica la desmovilización, y bueno también la gran mayoría de los que participaban fueron cooptados por el sistema”* (Sánchez, 2011).

En definitiva la llegada de la década de los noventa no sólo trae la decadencia de las revistas, sino también una serie de cambios culturales que van a ir de la mano con la instalación consensuada (entre dictadura y oposición) del libre mercado en Chile. Se pasa de una cultura nacionalista-católica-burguesa con el régimen, a una comercial o “democratizadora” como la llamó cierta literatura especializada en los inicios de la nueva época, esta apunta básicamente al asistencialismo estatal y al estímulo privado como formas de financiamiento, de esta manera las creaciones culturales son dominadas por

las reglas del mercado. Es por esta razón que la transición democrática no ayuda a proliferar las revistas contraculturales, todo lo contrario las hunde hasta que desaparecen del mapa cultural. La razón de esta debacle tiene varias aristas, una de ellas es el proceso de reconciliación o consenso que se instaló con el triunfo de Patricio Aylwin y de la Concertación de partidos por la Democracia, la cual apunta a una fórmula simplista y superficial para intentar borrar el conflicto social e imponer una idea de “paz social” en el país.

Los jóvenes creadores de las revistas están conscientes del pacto político que se aproxima y eso se hace notar en sus publicaciones. Los últimos números de cada revista apuntan al escepticismo que ronda por la aproximación del plebiscito, desconfían del porvenir, ven con la llegada de la transición democrática la banalización de la movida *underground* y la contracultura: *“A comienzo de los noventas se anduvo ensuciando un poco el tema, porque se empezó a subir mucha gente al final del carro y como que ellos se apropiaron del asunto y trataban de aparecer ellos como los gestores underground, cosa que jamás fueron”* manifiesta Fabio Salas (Sánchez, 2011).

Con esta estrategia el nuevo poder democrático logran constituir un nuevo régimen de economía de mercado y garantía de la propiedad privada, aceptado por la mayoría, como solución a la búsqueda de ascensos y de mejor calidad de vida que se propaga hasta las clases más bajas de la escala social. Por lo demás, en las poblaciones, luego de diecisiete años de represión, también se habla de “trabajar libremente y en paz” (Tanax, 1988). Es a través de esta reconciliación en una “sociedad sin política” que las nuevas autoridades esperan anular toda posibilidad de crítica radical, con el fin de intentar una normalización institucional, que indemnice de tanto dolor con altas tasas de crecimiento, con bajas tasas de interés, con *malls* para comprar nuestros sueños y con alianzas comerciales en todo el mundo (Jeftanovic, 2000).

Bajo este nuevo prisma las revistas contraculturales con su humor político y su crítica ácida, que pone en evidencia los defectos del régimen y la política partidista, son desechadas por la nueva institucionalidad que gobierna en Chile, los nuevos años de post dictadura van a relegar a las molestas revistas independientes, mantenidas durante los años más duros de la dictadura, a desaparecer, absorbidas y recicladas por un nuevo orden de las cosas. Obviamente estas revistas subterráneas no eran vitales para la reconstrucción democrática (Reyes, 2009). La idea de proponer textos nuevos, de instalar algo más contracultural no es compartida.

La nueva cultura que se va a proyectar durante el primer gobierno de transición va a estar dominada por ideas artísticas homogeneizantes, conformistas con las circunstancias, que exploraban territorios conocidos y que fabrican estereotipos de exportación (Jeftanovic, 2000). La otra cultura subterránea que no quiso transar ni con el consenso, ni con el mercado, tenía muy clara la negociación política- social que se venía, y por lo mismo decidieron no prestarse a ese nuevo paisaje, carente en un principio de reflexión y memoria histórica. Lo que Chile apuesta en los primeros años de Aylwin en el poder es el silencio, que busca adormecer la politización iniciada por los rebeldes de los ochenta, ya que la democracia es para los jóvenes, fome, temerosa, tibia, melosa. La esperada explosión libertaria no se produce. El rostro- máscara, eternamente sonriente de Aylwin es el mejor ejemplo del *status quo* que se espera mantener: un Chile sin disidencia (Reyes, 2009).

Con esto se busca enterrar a la juventud discrepante y cuestionadora que aprendió en tres décadas a hacer cosas concretas, sin pedir ayuda a nadie a sacar adelante la comunidad, a realizar lo que se quiere, a sentirse uno mismo, un nosotros, luchar y combatir pero pasándolo groso (Salazar, 2010). El establecimiento de este nuevo escenario que opta por el camino de la diversificación y diseminación de la cultura deshace todo lo construido por la generación de los ochenta. La crítica compuesta de una



actitud antiautoritaria y rebelde que proponía hacer de la cultura un sentimiento vivo, con una visión de mundo que se interpuso ante lo establecido y lo comúnmente aceptado por la dictadura se desvanece, la energía crítica que alguna vez emana de las revistas y los espacios quedará atrás ante el predominio de la amnesia cultural preconizada desde las esferas dominantes (Salas, 1998).

## Bibliografía

Alcaíno, G. (1989). La movida chilena. *Revista Cerdos y Peces*, vol.20, pp. 37.

Contardo, O. (2005). *La era ochentera téve, pop y under en el Chile de los ochenta*. Santiago, ediciones B.

Don Ladislao. (1983). Los caminos de la derecha. *Abusos deshonestos*, vol. 1, pp.4.

González, P. (2003). *Prisioneros del silencio*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Jeftanovic, A (2000). *Cultura y transición a la democracia en Chile: negociaciones simbólicas y políticas culturales en la transición chilena*. Recuperado de <http://www.letras.s5.com/aj300608.html>

Lihn, E. (2005). Artes y letras mercuriales. *Crítica cultural*, vol. 31, pp. 26-27.

Lloret, J. (2005). *El garaje internacional*. Santiago, La calabaza del diablo.

Maffi, M. (1972). *La cultura underground*, vol I. Barcelona, Anagrama.

Racionero, L. (1977). *Filosofías del underground*. Barcelona, Anagrama.

Reyes, C. (2009). *Trauko, tributo 21 años. 1988-2009, la mayoría de edad*. Santiago, Ochos libros.

Roszack, T. (1981). *El nacimiento de una contracultura*. Barcelona, Ed. Kairós.

Salas, F. (1990). *Los Jóvenes en Chile Hoy*. Santiago, Generación compiladores.

Salas, F. (1998). *El grito del amor*. Santiago, LOM ediciones Ltda.

Salas, F. (2000) *El rock: su historia, autores y estilos*. Santiago, Editorial Universidad de Santiago.

Salas, F. (2006). Rock en el siglo XXI ¿un momento de silencio? *Revista universitaria*, N°92, Universidad Católica de Chile.

Salas, F (2009). *Incendiamos el supermercado*. Santiago, La vagoneta.

Salazar, G. (2010). Las generaciones de los 80's y los 90's. *Historia contemporánea de Chile*. Santiago, LOM ediciones.

Sánchez, C. (2011). *Entrevista a Manuel Pertier*. Santiago, Chile.

Sánchez, C. (2011) .Entrevista a Fabio Salas. Santiago, Chile.

Tanax (1988). *Volante irregular sin filtro Anti cultural*. Santiago.

Van de Wyngard, F. (2010). *Una experiencia particular en la historia de la diferencia*. Recuperado en <http://letras.s5.com/fdw091210.html>

Vicuña, M. (2005). Número quebrado. *Revista de crítica cultural*, vol 31, pp. 28-29.